



Dirección de Prensa

**Discurso de S.E. la Presidenta de la República,
Michelle Bachelet Jeria, al recibir el grado de Doctor Honoris
Causa de la Universidad de Évora**

Évora, 30 de marzo de 2017

Amigas y amigos:

Agradezco muy sinceramente este grado académico que me confiere la Universidad de Évora, que tiene un enorme significado para mí, y que recibo con mucha humildad en nombre propio, pero sobre todo de mi país.

Tal como aquí hemos escuchado, un doctorado que en el pasado también fuera otorgado a personalidades de la estatura de Graca Machel Mandela –con la cual he trabajado mucho-, Mario Soares, o ese portugués universal que fuera José Saramago.

Lo acepto como una valoración de lo que representa Chile para la comunidad académica de Portugal. Y, sobre todo, como un reconocimiento al camino que Chile ha decidido recorrer para hacer también un país con mayor igualdad, con mayor justicia, con mayor libertad.

Y en ese sentido, también hacer de la educación un motor decisivo de progreso e igualdad.

Porque creo que no puede haber una mejor sede que este recinto para compartir algunas reflexiones sobre educación, más aún si la reforma al sistema educacional chileno, en su integralidad, -diríamos, el cuarto tomo-, ha sido la clave del impulso político de mi país y de mi Gobierno en los últimos años.



Dirección de Prensa

Ciertamente, reformar la educación ha sido y es un imperativo de alcance global. Casi no existen países donde no haya habido intentos de alinear la formación de capital humano con las exigencias del desarrollo, tanto para alentar el crecimiento económico como para construir sociedades más democráticas, equitativas e inclusivas. En las agendas de los organismos internacionales, la reforma educativa ocupa un lugar prioritario desde hace ya muchos años.

De hecho, cuando a un antiguo Primer Ministro británico le preguntaron cuál era la clave para el crecimiento económico inclusivo, resumió su planteamiento en tres palabras: “educación, educación, educación”.

Conozco bien las opiniones que advierten acerca del “excesivo optimismo” que ven en quienes elevan los temas educativos a la cúspide de los desafíos de los países. Con datos en la mano, muestran que existen balances no siempre satisfactorios entre países con alta escolaridad y bajo desempeño económico, y otros que teniendo índices menores en datos educativos, son capaces de tener economías dinámicas.

Del mismo modo, hacen notar que poner el acento en el sistema educativo, significa favorecer sólo a las nuevas generaciones, dejando de lado a los actuales trabajadores, profesionales y técnicos, a quienes no se puede pretender mandar a la escuela de nuevo.

Yo no veo contradicción entre los dos enfoques. Más aún, vale la pena tener muy presente las alertas que levantan quienes advierten del “optimismo” educativo y, por consiguiente, debemos considerar enfoques de política más amplios que incluyan los factores económicos, políticos y sociales que inciden en el impacto que puede tener la formación de nuevas competencias en las actuales generaciones.

Y ésta no es una tarea sencilla, lo saben todos los países que han emprendido reformas educacionales.





Dirección de Prensa

Enfrentar la desigualdad y los privilegios que reducen el efecto de la educación en los mercados laborales, o abordar la brecha de productividad que afecta a la mayoría de las economías, son tareas que sobrepasan las capacidades transformadoras del sistema educativo.

Pero lo anterior no significa, bajo ningún punto de vista, que reformar la educación no sea fundamental, especialmente si se trata de países como Chile, que ha logrado avances muy importantes en las últimas tres décadas en todos sus indicadores económicos y sociales, pero que, a la vez, tiene grandes tareas pendientes. Y entre ellas, una muy central: reducir la enorme desigualdad que cruza nuestra sociedad.

Pero esto tiene una condición: concebir las reformas educacionales no sólo como un aspecto técnico referido a un sistema especializado y cerrado sobre los asuntos pedagógicos, y estar conscientes de que es una tarea exigente, de largo plazo, que requiere voluntad y persistencia.

Jeffrey Sachs ha dicho, refiriéndose al desafío que significa alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible al año 2030, que son como "el Viaje a la Luna de nuestra generación". Lograrlos será difícil, pero es posible.

Hacer de Chile una sociedad más igualitaria y, al mismo tiempo, más competitiva, ha pasado a ser nuestro propio viaje a la Luna. Es una tarea ardua, titánica a ratos, pero estoy convencida que estamos caminando en la dirección correcta para lograrlo.

Y en el corazón de este esfuerzo, se encuentran los cambios estructurales que hemos emprendido en el sistema educativo.

¿De dónde partimos?





Dirección de Prensa

Un Presidente chileno del siglo pasado, Pedro Aguirre Cerda, dijo hace 80 años que “gobernar es educar”. Y ésa es la importancia que siempre ha tenido el sistema educativo en nuestra cultura política y, por cierto, también en el sentido común.

Hace casi un siglo, Chile consagró la obligatoriedad de la educación primaria y en los años 60 se realizó una amplia movilización e inversión pública para garantizar el acceso efectivo a la educación escolar, logrando alcanzar en las últimas décadas una alta cobertura en este nivel, algo que no siempre ocurre en la mayoría de los países de la región de América Latina.

En el nivel de educación inicial o parvularia, nuestra cobertura alcanza un 50%, lo que es consistente con la tasa de participación de la mujer en la fuerza de trabajo, que bordea la misma cifra.

Por su parte, en educación superior, la cobertura es también del orden del 50%, cifras similares a los promedios de los países de la OCDE.

Si uno dice estos datos, que son comparativamente buenos, alguien podría preguntarse, entonces, ¿para qué una reforma educativa? ¿Cuáles son los problemas que hemos debido afrontar?

Como primer punto, quisiera señalar que, lamentablemente, la buena educación en Chile ha estado disponible mayormente –me refiero a educación de calidad- para quienes puedan pagarla o están dispuestos a endeudarse por altos montos, sin que el mérito y el esfuerzo fueran suficientes para permitir el acceso a la educación superior. Es decir, en Chile, la educación superior era vista como un bien de consumo y no como un bien social.

Es decir, ha habido una preeminencia de la capacidad financiera de las familias por sobre el trabajo y el talento de los individuos y el carácter universal de los derechos sociales, lo que se contrapone a un punto de vista de justicia elemental.



Dirección de Prensa

De ahí que un objetivo central de nuestro proceso de cambios fuera consagrar la gratuidad de la educación, pero hay que decir gratuidad con calidad: eso es, sustituir el esfuerzo de las familias como fuente de financiamiento de la educación, por recursos públicos. Y hacerlo en un marco de derechos universales y no como políticas asistenciales aleatorias. Esto, que en un país de Europa es como el aire que se respira, no es evidente en el resto del mundo, donde la expansión de la educación superior ha sido alcanzada fundamentalmente a través de soluciones de mercado.

Este año, más de 235 mil estudiantes en Chile están cursando sus carreras profesionales o técnicas de manera gratuita. Hemos garantizado así que, al menos, la mitad de los estudiantes –o sea, estamos hablando de los deciles más vulnerables- accedan a este derecho.

Si miran la discusión chilena de hace unos pocos años acerca de la educación, esto no parecía posible, ni financiera ni políticamente. Hoy ya está instalado como un sentido común en la población, y eso significa que no hay retroceso.

Hemos creado dos nuevas universidades públicas en territorios en los que sólo había oferta privada y estamos en el proceso de crear un centro de formación técnica público en cada región del país –son 15 las regiones de Chile- cada uno de ellos alineado con las ventajas productivas y, además, con los actores privados de cada zona.

En síntesis, nuestra apuesta ha sido mejorar tanto el acceso como la oferta educacional, garantizando que el ingreso a ella no esté determinado por los recursos, sino por los méritos, por los talentos, por las ganas de salir adelante.

Por cierto, esto implica hacer cambios anteriores al ingreso a la educación superior. En otras palabras, permitir que los sectores sociales menos privilegiados tengan acceso efectivo a los estudios



Dirección de Prensa

superiores supone contar con un sistema escolar de calidad homogénea.

Y permítame recordar lo que José Saramago dijo una vez: “no se pueden solucionar los problemas de la universidad sin antes hacerlo para la educación primaria”.

Entonces, hemos fortalecido el carácter público de nuestra oferta de educación primaria y secundaria, eliminando también en los establecimientos privados –tenemos un sistema mixto público privado y tenemos un sistema privado con unos que reciben subsidio del Estado y otros que son privados completamente- que reciben subvención con recursos públicos, la atribución que tenían de seleccionar a los estudiantes y de exigirles un copago.

En simple, hemos robustecido la educación pública, hemos eliminado la discriminación en el acceso y hemos terminado con el lucro en la provisión de servicios educativos, en establecimientos que reciben recursos del Estado.

Junto con ello, hemos creado lo que denominamos una nueva Carrera Docente con un gran objetivo: para tener una buena educación, los profesores deben ser profesionales del más alto nivel.

Y ello se traduce en tres grandes cambios: primero, elevar las exigencias para el estudio de la carrera de pedagogía; segundo, mejorar las condiciones del trabajo profesional docente, incluyendo un fortalecimiento de la formación continua; y tercer lugar, incrementar sustancialmente los salarios de los profesores, en el orden del 30%.

También, hemos actuado en el nivel de la educación inicial o parvularia -yo, como pediatra, sé que los mil primeros días de un niño son esenciales en su capacidad de aprendizaje- aumentando la cobertura, por un lado, pero además garantizando la calidad, y fortaleciendo las instituciones que la norman y vigilan.



Dirección de Prensa

Como se ve, se trata de un proceso de cambios a lo largo de todo el sistema educativo, impactando en todos sus niveles. Se trata de garantizar una trayectoria educativa que genere oportunidades reales, y no que potencie la reproducción de las inequidades de base que puedan traer los estudiantes.

Porque se trata de asegurar acceso a través de la gratuidad, pero a través del aumento de la calidad de la educación en todos sus niveles.

Es, en síntesis, hacer de la educación efectivamente ese derecho que democratiza el acceso al conocimiento y las herramientas habilitantes que necesitarán en el futuro, y no un privilegio o un bien de consumo al que pocos acceden.

Un cambio de esta magnitud requiere, evidentemente, un esfuerzo financiero público muy alto, por lo cual también reformamos nuestro sistema tributario para incrementar la recaudación con un mayor impuesto a las empresas, y sobre todo a las empresas con más recursos.

Y como es esperable, el proceso político de este conjunto de reformas ha sido áspero, no ha sido fácil, y ha tenido la oposición frontal de quienes aún consideran que la provisión privada de la educación es una mejor opción que la provisión pública.

Pero era un cambio inaplazable. Las diferencias no justificadas en el acceso a la educación siguen siendo vistas –y son, no sólo vistas, no sólo percibidas- como fuente de desigualdad por la mayoría de mis compatriotas. Fueron esas enormes mayorías las que en el año 2011 salieron a la calle, exigiendo educación gratuita y de calidad, quienes pusieron en primer lugar la transformación que hemos emprendido.

Una vez más, apelo a Saramago para recordar que la desigualdad no sólo tiene su origen en el tener sino también en el abismo del saber, porque el saber se concentra también en una minoría.





Dirección de Prensa

Así, lo que hemos hecho es enfrentar una necesidad concreta de la mayoría del país. Y al mismo tiempo, estamos dando un paso adelante en la dirección de una sociedad más justa, porque hemos robustecido uno de los pilares de un auténtico sistema de protección social, aun sabiendo que hay tareas cuya culminación requerirá de otros esfuerzos, como por ejemplo, extender la gratuidad hasta universalizarla.

Una buena educación que forma nuevas generaciones para mercados laborales cambiantes también supone estructurar redes que protejan a los ciudadanos de los riesgos que ellos llevan aparejados. Por eso es que nuestra reforma educacional no se concibe sin el fortalecimiento de otros pilares del sistema de protección, como hemos venido haciendo con el sistema de salud y que deberemos profundizar en el sistema de seguridad social o previsional.

Por cierto, también hemos aprendido que continuar avanzando por este camino, exige también renovar las bases de legitimidad de la acción pública. Que no basta con la construcción de mayorías políticas si al mismo tiempo no vamos impulsando mayorías sociales que den sostenibilidad y proyección a transformaciones de esta magnitud.

Porque no tendría sentido educar para formar ciudadanos, como lo estamos haciendo a través de la recuperación de la educación cívica, si al mismo tiempo no reformamos los espacios institucionales donde esos nuevos ciudadanos deberán ejercer su poder.

Amigas y amigos:

Chile tiene una larga historia de búsqueda de un orden social más equitativo. Antes que nosotros, otros hombres y mujeres se empeñaron en llevar adelante las tareas que la justicia social exigía en cada momento. Logramos éxitos y también sufrimos retrocesos, pero nunca nos dimos por vencidos. Esas lecciones y ese coraje histórico deben presidir la continuidad y la proyección de este esfuerzo.





Dirección de Prensa

Hace más de 4 décadas, Portugal inició un camino de construcción de un país más justo. Hoy, Chile busca respuestas propias para enfrentar las inequidades que no sólo afectan a las personas y familias de mi patria, sino que también impactan a las posibilidades de desarrollo y de ingreso en las economías del conocimiento, que van a ser claves para nuestro país en el siglo XXI.

Tal como ayer, seguimos buscando “em cada esquina um amigo, em cada rosto, igualdade” para construir, en Chile, pero también en cada continente, una verdadera tierra de progreso y de fraternidad.

Muchas gracias.

Évora, 30 de marzo de 2017
Lfs/mls

